

La amistad entre San Martín y O`Higgins

(1814 – 1842)

Jorge César Estol ¹
General de Brigada

Algún día debería erigirse en Buenos Aires un monumento que los muestre juntos, en la actitud serena y placentera de dos entrañables amigos, porque fue esa profunda e indestructible amistad lo que les permitió superar las casi infinitas adversidades que debieron enfrenar cuando cargaban sobre sus hombros el peso de las más altas responsabilidades en la guerra de la independencia sudamericana. Fue así que pudieron declarar y consolidar la independencia de Chile, preparar el Ejército Libertador del Perú, organizar la escuadra necesaria para proyectar el poder hacia el centro del imperio español en América y fundar allí una nueva república, soportando la calumnia y la crítica despiadada e injusta de sus contemporáneos, casi hasta el final de sus vidas.

Fue 1778 el año de sus nacimientos, un 25 de febrero el de San Martín y un 20 de agosto el de su amigo. En 1842, a los 64 años fallecía O`Higgins en su destierro de Lima (Perú) y ocho años después lo hacía su amigo en su destierro de Francia. Se vieron por primera vez el 17 de octubre de 1814 y se despidieron para siempre, sin saberlo, en enero de 1823, cuando el Libertador partió de Santiago rumbo a Mendoza cruzando por última vez la cordillera.

Al pie de este monumento que imaginamos, venimos entonces con estas líneas a rendir un respetuoso homenaje al Brigadier General de la Argentina, Capitán General de Chile, Generalísimo de las armas del Perú y Fundador de su Libertad don José de San Martín, y a su entrañable amigo el Director Supremo y Capitán General de Chile, Grigadier de la Argentina y gran Mariscal del Perú don Bernardo O`Higgins.

Venimos también a rememorar algunas circunstancias de sus vidas de las cuales seguramente hablaron estos dos grandes hombres, para mitigar la soledad del mando, para hacer más llevadera la angustia de cada día ante los peligros y acechanzas que obstruían el camino de la libertad, o para consuelo del profundo dolor e ingratitud que sufrieron después de darlo todo.

San Martín debió contarle, probablemente, acerca de sus avatares como joven cadete del Murcia y su bautismo de fuego a los 13 años de edad en Orán (África), y O`Higgins debió haber confiado a su amigo el dolor profundo de su niñez y juventud, etapas que vivió sin disfrutar la proximidad de sus padres, a quienes tanto extrañó. Tenía sólo 9 años cuando fue enviado a Lima y después a Inglaterra para continuar los estudios iniciados en su Chillán natal, y tardaría quince años en volver a su amada tierra. En una de sus cartas dice a su padre por entonces virrey del Perú: ***“Amantísimo padre de mi alma...” “Aunque he escrito a VE en diferentes ocasiones, jamás la fortuna me ha favorecido con una respuesta...”***

Pareciera que el destino deparó a estos hombres, desde muy jóvenes, una dura forja, y probó en ella el temple que necesitarían para llevar adelante la empresa que les tenía reservada.

¹ Miembro de Número de la Academia Sanmartiniana.

Con el paso de esos años primeros, fue completando O'Higgins una ***"formación no común para la sociedad colonial en que habría de desenvolverse"***, como lo expresa Luis Valencia Avaria, agregando enseguida que no fue desagradecido, al citar qué pensaba el que después sería amigo del Libertador, respecto de su educación: ***"Debo a la liberalidad del mejor de los padres una buena educación, principios morales sólidos y la convicción de la importancia primordial que tienen el trabajo y la honradez en el mérito del hombre"***.

San Martín, mientras tanto, seguía el curso de su vida en el Ejército español, luchando sucesivamente contra los moros, los ingleses, los franceses; luchando en el desierto, la llanura, la montaña y aún en el mar, como oficial de infantería embarcado en la Santa Dorotea, experiencias estas que le van dando una completa formación militar y comienzan a sentar las bases de sus conocimientos estratégicos, a la vista y enseñanzas del gran escenario europeo en los últimos años del siglo XVIII y los primeros del siglo XIX. El parte de la batalla de Bailén registra su nombre, destacado entre los destacados, cuando corre el año 1808 (19 de julio). Tres años después sentirá el llamado de su patria y dejará todo para ir allí donde lo necesitan, como tantos otros americanos que deseaban atizar la llama de la libertad que tímidamente se iniciaba.

"...sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etc., resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, que calculábamos se había de empeñar." (carta de San Martín al Mariscal Castilla, presidente del Perú, fechada en Boulogne-sur-Mer, 11 de septiembre de 1848.)

O'Higgins, de regreso en Chile desde el año 1802 y dedicado inicialmente a tareas agrícolas, comienza a vivir los acontecimientos que sacudirían a la América hispánica en los años siguientes. Las invasiones inglesas al río de la Plata en 1806 y 1807 repercuten en Chile y el país entero se prepara para un posible ataque a su propio territorio. La guerra de la Independencia española, invadida por Francia, acelera los acontecimientos. En 1810 el cabildo abierto del 25 de mayo en Buenos Aires y el del 18 de septiembre en Chile, jalonan el camino de la libertad de la que por ahora no se habla expresamente. O'Higgins recordará esos comienzos contando: ***"Nunca, durante todo este tiempo, me acostaba sin la incertidumbre de que mi sueño fuera turbado por la aparición de una escolta que me condujese a Talcahuano y de allí a los calabozos de la inquisición en Lima."***

En 1811 el primer congreso nacional chileno lo cuenta entre sus diputados, y en enero de 1814 es nombrado general del Ejército, después de lograr la decisiva victoria del Cerro. Es allí donde encabeza el ataque a la voz de ***"vivir con honor o morir con gloria, el que sea valiente que me siga!"***

En Rancagua, (1 y 2 de octubre de 1814) al decir de Mitre ***"sucumbió la primera revolución de Chile, manteniendo alto su bandera entre el fuego y la muerte."*** La situación forzó a O'Higgins, y muchos chilenos comprometidos con la revolución, a emigrar. Edmundo Correas, autor de un detallado trabajo titulado ***"San Martín y O'Higgins una amistad histórica"***, nos cuenta que el prócer atravesó la cordillera el 12 de octubre de 1814, llevando de la brida la

mula que conducía a su madre, doña Isabel, y los acompañaba su hermana Rosita. Esa era su familia y nunca más se separarían. No tenía más equipaje que lo puesto, pero el 15 de octubre recibió un mensaje: **“El gobernador de Cuyo, le ofrecía protección, asilo y amistad.”** Había salido el sol al otro lado de los Andes, y el 17 de octubre un abrazo sellaría el primer encuentro.

San Martín había sido nombrado para ocupar ese cargo, el 10 de agosto de 1814, y antes había pasado un tiempo en Córdoba, a donde fuera en busca de alivio para su deteriorada salud. Para entonces ya había entregado el mando del Ejército del Norte que había recibido de Belgrano el 29 de enero de 1814. ¿Yantes?: antes había triunfado en un combate que fue a su vez bautismo de fuego para los granaderos, el 3 de febrero de 1813 y del cual dijo Mitre: **“El combate de San Lorenzo...” “...fue de gran trascendencia para la revolución...” “...y, sobre todo, dio un nuevo general a sus ejércitos y a sus armas un nuevo temple”.** Y antes había organizado el cuerpo de granaderos a caballo, cuyo tercer escuadrón fue creado en diciembre de 1812, oportunidad en que el gobierno le concedió el grado de coronel. Y antes se había casado (el 12 de septiembre de 1812), y antes había arribado al puerto de Buenos Aires procedente de Europa, el 9 de marzo de 1812, y antes se había despedido de los grandes afectos que dejara en España, entre ellos su madre a la que nunca volvería a ver. Y antes había luchado contra los moros, los ingleses, los franceses...

Una confianza mutua y profunda se construye rápidamente entre estos dos hombres. Cada vez que San Martín se ausenta de Mendoza deja a cargo del ejército a O’Higgins, autorizado a leer hasta la correspondencia reservada, lo que para algunos, en aquel momento, era considerado un exceso de confianza.²

Paralelamente, una dulce relación unió a doña Isabel y Rosita con Remedios, la joven esposa del futuro Libertador. Muchos años después, allá por 1832 en carta de San Martín a su amigo, fechada en París el 1º de marzo, le expresa sobre el final del texto: **“Un millón de recuerdos a mi señora madre y amable Rosita, no haciéndolo de la parte de mi hija que ya vive en mi compañía, porque me ha pedido poner a usted un párrafo al pie de esta. Adiós mi amigo querido, por siempre lo será suyo San Martín.”**

A continuación se puede leer un párrafo de Merceditas (16 años) que dice así: **“Mi querido señor: como sé que es usted el mejor amigo de mi Tatita, yo le he suplicado tomarme la libertad de ponerle estos renglones, con el solo fin de saludarlo como igualmente a su señora madre y hermana.”**

Después de los clarines de Chacabuco, O’Higgins fue proclamado Director Supremo de Chile, cargo que se ofreció antes a San Martín y este declinó, convencido que **“El país se resiente de que no sea un chileno el que lo mande”**, como lo dirá más tarde.

Después del triunfo de Maipú y del abrazo que se immortalizó en el magnífico óleo de Subercaseaux, O’Higgins nombra a San Martín General en Jefe del Ejército de Chile y Brigadier General, acelerándose los preparativos para la última etapa del plan continental.

² Otros consideraron también un exceso de confianza, de hecho de que O’Higgins retuviera las directivas que había preparado el Congreso de Chile para el General en Jefe del Ejército Libertador del Perú.

¿Qué enseñanzas nos dejaron estos hombres que elevados por la fuerza del destino a las máximas responsabilidades y a las más altas jerarquías, jamás permitieron que su amistad, tan necesaria a la causa que servían, se turbara siquiera por un instante! Cuenta Edmundo Correas en la obra ya citada, que un buen día O`Higgins castiga a un ayudante de San Martín (Guzmán de apellido) y le informa a su amigo, quien le contesta de inmediato: ***“No digo al ayudante mío Guzmán, sino cincuenta mil Guzmanes que hubiese puede usted echarlos al diablo cuando quiera usted y guste. Si el orden tiene que seguir adelante, es preciso no dejar bicho travieso que pueda alterar la tranquilidad pública...No me tenga usted consideración alguna, pues mi primer amigo es usted y la Patria.”***

Ninguna pequeñez podría interponerse entre estos hombres y la marcha hacia el objetivo compartido. Ni tampoco podrían hacerlo las carencias de todo tipo que debían sobrellevar en los duros comienzos de la vida independiente. Por esos días, una carta que Miguel Zañartú, representante del gobierno de Chile en Buenos Aires, le envía a Echeverría, ministro de O`Higgins, es sumamente elocuente sobre las circunstancias: ***“Echen ustedes, por Dios, el Ejército fuera para que viva a costa de otro país. Si aquí, con mejores recursos no se puede pagar un batallón, ¿cómo el pobre Chile sostendrá ejército y escuadra?”***

El 20 de agosto de 1820 finalmente, “echan el ejército fuera”. Con la partida desde el puerto de Valparaíso, el Ejército Libertador del Perú inicia la última etapa del gran plan y casi un año después de desafiar la evidente superioridad numérica de su enemigo, San Martín entra en Lima abandonada por los españoles, que se refugian en la sierra. El Libertador declara la independencia el 28 de julio y el 3 de agosto debe asumir, por imperio de las circunstancias, el mando político y militar con el título de Protector. No pasarán tres días sin que el flamante protector escriba una carta a su amigo, explicándole las razones que lo obligaron a asumir el cargo.

“...Mas en el estado en que se hallan mis operaciones militares y a la vista de los esfuerzos que aún hacen los enemigos para frustrar mis planes, faltaría a mis más caros deberes, si dejando lugar por ahora a la elección personal de la suprema autoridad del territorio que ocupo, abriese un campo para el combate de las opiniones, para la colisión de los partidos y para que se sembrase la discordia que ha precipitado a la esclavitud o a la anarquía a los pueblos más dignos del continente americano.”

O`Higgins le contesta de inmediato: ***“El bien más grande que usted hace a esos pueblos es regirlos.”***

Sería 1822 el año del renunciamento del Gral. San Martín y Lima el punto de partida de su exilio voluntario. Su decisión había sido tomada pensando que ese era el mejor servicio que podía prestarle al Perú, y viajó entonces a Chile con su ***“...corazón dilacerado por tantas ingratitudes y desengaños”***, como él mismo expresara unos meses antes.

¿Quién lo alojaría en su propia chacra si no O`Higgins?; ¿Quién aliviaría su salud en esos días de quebranto físico que lo aquejaron, si no doña Isabel y Rosita?

Siguiendo el camino del exilio, en enero de 1823 el Libertador parte hacia Mendoza. No volverá a verse con su amigo. Un estrecho abrazo y las lágrimas de una despedida que presienten para siempre, marcará el último encuentro.

Pocos días después será O`Higgins quien pruebe el amargo fruto de la ingratitud y el desengaño, cuando tropas rebeldes levantadas contra la autoridad del Director lo obliguen a renunciar. En abril de ese año en carta a su amigo le dice: ***“Señor don José de San Martín Mi amigo amado y compañero: no sé si haya alguna clase de tormentos más de los que ha experimentado mi espíritu en esta última época reservada a mi sufrimiento. La muerte habría sido más benéfica que días de tanta amargura.”***

¿Es posible que el corazón de esos hombres bajos que deben a nuestros esfuerzos su existencia y libertad, aparezcan al mundo tan débiles y tan ruines?”

San Martín contesta: ***“No estoy satisfecho ínterin esté Usted en Chile: váyase mi amigo, pues por lo que veo ni su honradez, ni servicios lo pondrán a cubierto de atentados”***, y más adelante agrega: ***“Estoy viviendo de prestado, pero tengo a doce leguas de ésta una chacra llena de comodidades para su familia, de la que pueden disponer como gusten.”***

El destino del exilio continuó por el camino que las circunstancias determinaron, y partió O`Higgins al Perú para partir después San Martín a Europa.

Se seguirán escribiendo, intercambiando las duras experiencias del ostracismo, reflexionando sobre los hechos del pasado y del presente, consolando el profundo dolor que los embarga en el fondo de sus corazones, con la ilusión de verse y poder algún día volver a pisar la Patria tan querida y lejana.

El 23 de octubre de 1842 murió O`Higgins, quien poco antes había escrito la última carta de su vida dirigida, por supuesto, a su amigo. Una parte de San Martín murió también al conocer la carta en que Rosita le contaba sobre su muerte. La impresión fue grande, sufrió un desvanecimiento y estuvo en cama varios días. En esa carta decía: ***“Así murió el hombre cuya memoria no sólo vivirá en Chile sino en toda América, sin poderse decir si era mejor su espíritu que su corazón, porque su espíritu y su corazón sólo vivían en el bien y para el bien.”***

Sus restos tardaron veintiséis años en volver a Chile, con todos los honores y homenajes merecidos, de los que careció en la última parte de su vida.

Treinta años tardaron los restos de su amigo, en volver a Buenos Aires.

Para ambos el tiempo echó luz y verdad sobre sus vidas y sus obras, como lo pronosticó el general San Martín: ***“En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas como en lo general de las cosas dividirán sus opiniones: los hijos de estos darán el verdadero fallo.”***

América llora sus ausencias, pero atesora sus ejemplos y asume el compromiso de seguirlos.

En ese monumento que imaginamos ya erigido, modesto y magnífico a la vez, una placa de bronce con un verso de Leopoldo Lugones dirá así:

“Aquellos grandes hombres, con dignidad severa,

*Que es la lección más alta de su ilustre carrera,
En la bella y difícil conciencia del deber
Para honra de la Patria, dicen cómo
hay que ser.*

*...Pues ellos nos dejaron en sus actos más bellos,
El duro y noble encargo de ser
mejores que ellos.*

*...¡Y lo que nos los torna más buenos y admirables
En los póstumos días, es que son imitables!"*

Buenos Aires, Abril de 2006